

FEDERICO JIMENEZ LOSANTOS

La anti-España

Algunos párrafos del general Aramburu en su alocución en la festividad de la Virgen del Pilar, patrona de la Guardia Civil, despertaron gran eco, silencioso y sonoro, en la opinión pública nacional. No es para menos.

Allí estigmatizó el general, con legítimo orgullo, la *mínima anti-España* de los que asesinan vilmente guardias y también la de los que intentan desprestigiar a la Institución «por medio de películas, artículos, reportajes y calumnias».

Que la anti-España de los asesinos sea mínima o así se lo resulte a la Guardia Civil confortará sin duda a todos los españoles, al ver que las provocaciones terroristas no consiguen hacer aflojar los nervios, sino el coraje de una Institución que se *desvive*, a veces del modo más terriblemente literal, por garantizar la pacífica convivencia de todos los ciudadanos.

Pero resulta más difícil interpretar a qué escritores o artistas se refiere el general incluyéndolos en esa anti-España de la pluma o de la cámara.

«El crimen de Cuenca»

Precisamente por espíritu patriótico habría que discutir, civiles y militares, acerca de los mejores modos —porque sin duda hay varios— de contribuir intelectualmente a la reorganización nacional española. Así no veríamos el triste espectáculo de quienes discuten a la chita callando si el general se refería a lo del *Crimen de Cuenca* o a los que propugnan un carácter civil y no militar para la Benemérita, o bien si indirectamente jaleaba el festival de la ultraderecha en las Ventas en homenaje a la Guardia Civil.

Naturalmente, yo tampoco sé a quién se refería



«... a base de jaranas vocingleras, artistas sin arte y cantantes sin voz, ofreciendo firmas tan vendidas en el pasado que nadie en su sano juicio daría un duro por ellas.» (Olga Guillot, en el «homenaje» a la Guardia Civil.)

exactamente el general Aramburu con su feliz expresión de la *mínima anti-España no asesina*, pero estoy convencido de que su sentido último no puede ser otro que el de estimular una pasión intelectual auténticamente española, es decir, a la altura de los máximos valores espirituales producidos por nuestra nación.

Pasará «El Alcázar»

Quizá porque los talentos hispanos andan remisos en esta necesaria y permanente labor, me alegraba yo tanto el otro día leyendo la polémica de Rafael Sánchez Ferlosio con un columnista de «El Alcázar» acerca del más verdadero sentido humano del patriotismo.

Ferlosio representa para

mi esa *España mínima*, mínima en sus aspavientos patrioterros, pero máxima al darle a la nación mediante su obra cultural una dimensión que la enaltece. Pasará el tiempo y pasarán los columnistas de «El Alcázar», pero cuando alguien quiera ver cómo la inteligencia española buscó el ser y el acontecer profundo de nuestro pueblo en un momento clave de su historia, encontrará en *El Jarama* ese limpio y durable testimonio español.

Los que desde posiciones liberales estamos entregados a rehacer una idea de España que pueda convocar en torno a muchos de los que alejó un régimen político de partida más que de partido, excluyente, disgregador y antinacional, la España mínima que pode-

mos tolerar es aquella en la que tengan su asiento la inteligencia y la libertad. No cabe defender el ser de español si no se sabe defender la condición de hombre libre. El siervo tiene amo, no nación.

Y contra esta nación de hombres libres que, para ser digna de su historia en el mundo, ha de ser España, se levanta otra anti-España, la *máxima anti-España*, que, si es mínima por su valor moral, resulta gruesa, ya que no grande, por la profunda herida que causa a la nación. Esa es la que yo quiero ver estigmatizada en las palabras del general Aramburu, esa que, en textos y en imágenes, intenta desprestigiar a la Guardia Civil y a todo el Ejército considerándolos capaces de atender a su llamamiento para quebrar las leyes y la soberanía del pueblo español.

Ricino y formol

Es esa anti-España que vive de ofrecerse como betún para las botas de los aventureros, esa anti-España que vive de quemar librerías, esa anti-España que tiene la sangre de ricino y el alma de formol, esa anti-España que sueña permanentemente con sangre española, esa anti-España que no quiere ver un cuartel en la nación, sino la nación en un cuartel, esa anti-España que pretende halagar a la Guardia Civil no organizando la labor callada de concienciar a la mayoría sobre la necesaria unidad de pueblo y el Ejército, las necesidades estratégicas de nuestra Patria, o cómo realizar el menguado papel que aún representamos en el mundo, sino a base de jaranas vocingleras, de asambleas de coristas, artistas sin arte y cantantes sin voz, ofreciendo firmas tan vendidas en el pasado que nadie en su sano juicio daría un duro por ellas.

Esa es la anti-España, mínima, pero no dulce; halagadora, pero en su beneficio; militarista, pero sin disciplina ciudadana; patrioterros, pero sin sentido patriótico, que destroza todos los días la fe en nuestra nación, la tranquilidad en el Ejército y el respeto debido a las leyes.

Contra esa anti-España, la España mínima que hace películas, que hace libros, que hace periódicos, que hace España, la España que perdurará más allá de paradas domingueras y política de feria, sólo le pide al Ejército y a la Guardia Civil en particular que permanezca en su lugar, que cumpla, como cada español cada día, con su obligación. ¿Qué otra cosa puede pedir España?